



CAPÍTULO XI

La Creación y la evolución

I

HAECKEL, el principal representante del darwinismo, hablando de la Creación, escribe lo siguiente: «Si por palabra creación se entiende el origen de un cuerpo por el hecho de una potencia, de una fuerza creadora, este concepto nos lleva á pensar en el origen de la materia de un cuerpo, ó en el origen de su forma. Tomada en el primer sentido, no puede ser objeto de ninguna investigación que pertenezca al dominio de la ciencia. La Historia natural considera la materia eterna é indestructible; porque nunca se ha podido demostrar experimentalmente la aparición ó desaparición de la menor de sus partículas...

»La idea de una fuerza inmaterial que ha creado la materia, es un artículo de fe que no tiene nada de común con la humana ciencia:

en donde la fe principia, la ciencia termina» (1).

En las palabras que hemos citado, Haeckel asegura que la idea de creación, tomada por la producción de un cuerpo ó materia, no corresponde al dominio de la Historia natural, ni al de la ciencia que se funda en la experiencia; porque nunca por medio de ésta se ha podido demostrar la aparición ó desaparición de la materia. Siendo esto así, los positivistas no pueden afirmar la eternidad de la materia. Su único principio de investigación es la experiencia; y ésta nada les dice ni puede decirles acerca de la eternidad de la materia.

La experiencia no conoce el origen eterno de la materia; no ha visto cuando comenzó á existir; luego es eterna. Tal argumentación se opone á toda lógica y es enteramente irracional.

Si la experiencia nada nos dice acerca del origen eterno de la materia; si nos dice que todos los seres que componen el mundo son finitos y contingentes, y por esta contingencia tienen principio y pueden tener fin; son mudables y están sujetos á la ley de la sucesión; mas lo eterno ni tiene principio ni sucesión.

El sér que existe en virtud de su esencia debe tener todas y solas las propiedades que emanan de su naturaleza; porque debe tener todo lo que le corresponde, y no tiene que recibir de nadie cosa alguna. Ahora bien, si la materia fuese necesaria y eterna, como indiferente al movimiento y al reposo, debería existir simultánea-

(1) *Historia natural de la Creación*, tom. I, pág. 10.

mente en esos dos estados; lo cual es contradictorio. Además, siendo indiferente para uno y otro, al estar en uno de ellos, no podría pasar al otro, si esto no se verificara por una causa extrínseca de la cual tendría que depender; y por lo mismo no sería necesaria ni eterna.

En donde la fe principia, dice Haeckel, termina la ciencia. La ciencia de los positivistas termina en la experiencia y con la experiencia; y ésta nada dice acerca del origen de la materia; por lo mismo, esa ciencia nada puede objetar á quien asegure que la materia fué creada por Dios; porque la ciencia no sale del terreno de lo experimental; y así ni tiene derecho á negar la creación, ni á afirmar la eternidad de la materia.

Es falso que donde comienza la fe termina la ciencia; porque entre una y otra existen otras ciencias, y existe la razón humana de la cual no debe prescindir la ciencia experimental.

En la *Historia natural de la creación*, Haeckel pretende substituir á la religión cristiana, la monística de la naturaleza, que es, dice él, la verdadera religión del porvenir. Habla también de la procedencia símica del hombre, asegurando que «los primeros antepasados del hombre como los de todos los demás organismos, han sido sumamente sencillos; eran, por decirlo así, organismos sin órganos, semejantes á las móneras actuales, glomérulos rudimentarios, homogéneos y amorfos, formados de una materia muciforme, albuminóidea (protoplasma), como la actual *protamaeba primitiva*.

»El segundo grado antepasado del hombre y

de todos los vegetales y animales superiores es una célula sencilla, es decir, una partícula protoplasmática que contiene un núcleo» (1).

Pretende Haeckel fundar su sistema en la generación espontánea. Confiesa que la vida no ha existido siempre en la tierra y que los organismos son posteriores á la vida inorgánica, y dice después: La generación espontánea es la producción de un organismo sin padres, ó sin el concurso de otro organismo generador. «Se distinguen dos modos esencialmente diversos de generación espontánea (*generatio spontanea aequívoca, primaria*): la autogonía y la plasmagonía. Entiendo por autogonía la producción de un individuo orgánico muy sencillo en una solución generatriz inorgánica, es decir, en un líquido que contenga, en el estado de disolución y bajo la forma de combinación sencilla y estable, los materiales necesarios para la composición del organismo (por ejemplo: ácido carbónico, amoníaco, sales binarias, etc.). Y llamo, por el contrario, plasmagonía á la generación espontánea de un organismo en un líquido generador orgánico, es decir, en un líquido que contenga los materiales necesarios bajo la forma de compuestos carbonados, complejos, inestables (por ejemplo, albúmina, grasa, hidratos carbonados, etc.). Hasta ahora no han sido observados, directa é incontestablemente, ni el fenómeno de la autogonía ni el de la plasmagonía.»

La consecuencia de estas últimas palabras,

(1) *Historia natural de la Creación*, tomo II, págs. 245-46.

para los que sólo admiten la ciencia experimental, es que nada puede inferirse en favor de la generación espontánea; sin embargo Haeckel no lo hace así; pues no quiere en manera alguna admitir la intervención del Creador; pero veamos si por su misma confesión le será preciso admitirla.

«Si se abandona la hipótesis de la generación espontánea, es forzoso, en esta parte de la teoría evolutiva, recurrir al milagro de una creación sobrenatural. Es preciso que el Creador haya formado en su estado actual los primeros organismos, de los cuales han descendido los demás, al menos las más sencillas móneras, los cytotas primitivos; y es preciso también que les haya dado facultad de desarrollarse mecánicamente... Suponer que en este único punto de la regular evolución de la materia ha intervenido caprichosamente el Creador, cuando todo lo demás marcha sin su cooperación, se me figura que es una hipótesis tan poco satisfactoria para el corazón del creyente, como para la razón del sabio.»

Vemos por esto que la verdadera razón de Haeckel para admitir la generación espontánea, es la de serle indispensable para excluir á Dios de la creación. Mas tal necesidad no nos demuestra que sea verdadera la generación espontánea, y que por lo mismo tengamos que admitirla. ¿Cuáles son las pruebas de su existencia? Aun el más interesado en ella, el mismo Haeckel, dice que hasta ahora no ha sido observado directa é incontestablemente algún fenómeno que la demuestre.

No es solamente Haeckel quien hace semejantes confesiones, sino aun sus más decididos partidarios. Huxley entre otros y Burmeister, que dice: La marcha de la formación de los primeros organismos es un verdadero enigma, que probablemente jamás podrá resolverse. Confesémoslo francamente: nuestras observaciones positivas no nos ponen en estado de formarnos una idea clara de la primera creación organizada. Virchow dice: No se conoce un hecho positivo que pruebe que una masa inorgánica, aun la de la Sociedad Carbón y Compañía, se haya transformado jamás en masa orgánica. Y, por lo tanto, si yo no quiero creer que hay un Creador especial, tengo que recurrir á la generación espontánea: la cosa es evidente. Cuando digo: «Yo no admito la creación, y deseo una explicación del origen de la vida», enunció una primera tesis; pero hay que llegar de buena ó mala voluntad á la segunda tesis: luego, admito la generación espontánea.

«Pero no tenemos prueba alguna; nadie ha visto una generación espontánea de materia orgánica; no son los teólogos, son los sabios los que la niegan.»

Podemos añadir á lo anterior, que la hipótesis de la generación espontánea, en la actualidad es rechazada por todos en virtud de hechos comprobados y positivos, y de observaciones llevadas á cabo con la exactitud más escrupulosa por varios naturalistas, y sobre todo por Mr. Pasteur. Como todo se ha hecho con las más delicadas precauciones que exige una cuestión como la

presente, la Academia de Ciencias francesa declaró solemnemente que los hechos observados por Mr. Pasteur, son de la más completa exactitud.

Recordemos ahora lo que ha dicho Haeckel: si se abandona la hipótesis de la generación espontánea, es forzoso recurrir al milagro de una creación sobrenatural. Ahora bien, esa hipótesis está desechada por la ciencia, ningún sabio la puede admitir; por lo mismo, si Haeckel no destruye sus propios principios, si no niega toda razón, debe admitir el milagro de una creación sobrenatural.

La evolución ó el transformismo, al separarse de la idea de la creación, ni puede explicar el origen de las cosas, ni su propio origen; ni el progreso que marcha hacia un fin. Se dice que los órganos de los animales superiores, por el hábito, las necesidades y las circunstancias, son aparatos maravillosos que desempeñan una serie de funciones complexas como las del crecimiento, la reparación de las fuerzas, y las de la salud, etc. Todo esto proviene de los accidentes hereditarios que vigorizan ciertos órganos, las variaciones de las circunstancias y las condiciones de la vida. Mas ¿en qué queda todo esto, ó cómo puede llamar la atención de los sabios si se excluye la acción de la Providencia? Sin ella el progreso á que nos referimos será efecto de la casualidad, en la que no hay inteligencia, ni puede establecer el orden, ni dirigir á un fin. Todo es casual, todo es fortuito. Si los órganos se adaptan perfectamente; si las circunstancias cambian para

dar el triunfo á ciertos individuos, los mejor adaptados; si los accidentes hereditarios se combinan favoreciendo á los más fuertes, todo esto es por la casualidad, á la cual para esto tendría que dársele una inteligencia superior y un poder insuperable; y nada de esto puede admitirse.

Para producir el orden ¿es necesaria la inteligencia; ó no hay la menor relación entre ésta y aquél? Si es lo primero, ella tendrá que dirigir la selección y cambiará los medios según conviniere. Si es lo segundo, la formación de los órganos y de los medios, y toda especie de finalidad serán imposibles, y el transformismo será del todo inútil; un fantasma que no tiene realidad, una nube que se deshace y un engaño que sólo podrá seducir á los ignorantes (1).

II

Spencer, al hablar del universo, afirma que la variedad de seres que existen en él y sus diversas categorías, no son más que formas diferentes de un principio desconocido, el cual desenvolviéndose fatalmente, va produciendo por orden sucesivo los tres grandes estados, el astronómico, el geológico y el biológico, que en la serie de los siglos ha ido presentando el universo, pasando del uno al otro mediante una evolución incesante y siempre progresiva de las energías cósmicas y telúricas.

(1) Broglie, *Critique du Positivisme*, liv. II, chap. VI.

Los fundamentos de la teoría de Spencer se hallan, según dice él, en las enseñanzas de la experiencia sobre todo fisiológica, cuyas leyes deben sin duda extenderse á todas las energías de la naturaleza. En los individuos vivientes se observa, dice Spencer, que nacidos de una célula germinativa, llegan, á favor de una serie continua de cambios y modificaciones, á constituir un organismo perfecto y completo, dotado de múltiples y variadísimos órganos y miembros. Pues bien; así como el germen de cada individuo viviente está dotado de un poder ó energía de evolución nativa, intrínseca, que se va desenvolviendo y perfeccionando sucesivamente, eso mismo puede y debe admitirse en el conjunto del universo, que no es otra cosa sino un ser mayor, respecto del cual los seres particulares son los que en éstos los órganos.

Pero no sólo la analogía, sino la más absoluta necesidad nos obliga á admitir la teoría evolucionista: el origen del universo no puede explicarse sino ó por la teoría de la creación, ó por la de la evolución espontánea é interna. La primera es inadmisibile por formar parte del conjunto de opiniones que la antigüedad se formó sobre aquellos orígenes, y que la ciencia y la experiencia han demostrado ser en su generalidad ridículas y falsas; también, pues, la teoría de la creación debe serlo, ó tiene contra sí una presunción gravísima; carece, además, de fundamentos; ¿quién ha visto la creación de ser ninguno? Por fin, y sobre todo, la teoría de la creación envuelve pugna positiva de conceptos: la creación *ex nihilo*

establecería una relación entre la nada y el ser, lo que es absurdo; la nada no puede ser objeto de relaciones.

El sistema de Spencer queda impugnado por lo que acabamos de decir en el párrafo anterior. En efecto, esa evolución incesante y siempre progresiva de las energías cósmicas y telúricas, ¿se verifica ciegamente y sin intervención de una inteligencia superior? Si así fuese, no habría en el universo la armonía constante y admirable que todos contemplamos en él, y que admite el mismo Spencer. La actividad germinal al desarrollarse no seguiría un plan preconcebido, y su desarrollo sería sin orden ninguno. El orden, pues, y la constante armonía de que hablamos nos prueban la intervención de Dios, que todo lo dirige con sabiduría profunda y con un poder que vence todos los obstáculos.

Si no admitimos la acción del Creador, deberemos decir que el orden y la previsión de cuantas maravillas existen en el mundo, tienen por origen la casualidad, lo cual es un absurdo que nadie llegará á admitir. Un agente ciego no es principio de orden ni de previsión; la casualidad y el orden, la ceguedad y la previsión son conceptos contradictorios. Vemos en el universo que abandonadas á sí mismas las fuerzas y energías, ó permanecen inactivas, ó si chocan y se combinan, no producen la armonía, sino comúnmente la confusión y el desorden; y es necesario que intervenga una inteligencia exterior á los elementos ordenables y á sus energías para que existan el orden y la armonía. ¿Cómo, pues, las

energías primitivas del universo entraron en tan prodigioso número por los senderos del orden maravilloso que contemplamos con asombro en las grandes y fundamentales categorías de movimientos, complicadísimos por una parte, constantísimos é inalterables por otra, lo mismo en el orden mecánico, entre los astros y los elementos metereológicos, que en el orden de la vida, en los vegetales y animales?

Ni podrá decirse que esto no tiene aplicación, porque en las obras de la naturaleza, á diferencia de las del arte, no entran sino energías nativas.

En las otras se requiere una disposición artificial, porque es falso que la armonía de la naturaleza sólo interviene en las energías nativas, y propias de los agentes naturales. El movimiento local ó mecánico que constituye la armonía del sistema planetario, no es esencial á la materia, sino completamente accidental. La materia de suyo es inerte é indiferente al movimiento ó al reposo; el movimiento mecánico debe proceder de un impulso exterior al móvil. No es esencial á la materia inorgánica servir con sus energías á la naturaleza viviente; ni en el orden de la vida es esencial á los vegetales constituir el alimento de los animales, ni en éstos el dar al hombre el alimento, el vestido, el recreo, etc. Las energías dispersas por la superficie de la tierra dejadas á sí mismas, ni se buscan y unen para producir efectos de armonía mecánica ó física; ni si por cualquier accidente llegan á veces á concurrir, producen un efecto artístico y ordenado en su conjunto, sino que cada agente se limita á poner en

acción sus energías específicas sin cuidarse ni de atemperarlas, ni de suspender su acción, ni de darles una intensión mayor, ni de remitir su fuerza, ni de combinarse con otras para un resultado armónico, producto del concurso común, y sólo se verifica éste cuando la acción específica de cada agente es dirigida por la inteligencia del hombre (1).

Todo eso lo comprende perfectamente la razón humana; pues el orden y la armonía son el producto de la inteligencia; y cuanto más constantes son el uno y la otra, vemos con mayor claridad cuán indispensable es la inteligencia para establecerlos, y un poder soberano para que subsistan.

La analogía con la célula ó los gérmenes vivientes de que nos habla Spencer, dotados de un poder de evolución ó energía nativa, que llegan á constituir un organismo perfecto, aplicada al conjunto del universo, no puede admitirse; porque aun en los organismos particulares, no vemos el tránsito de un reino á otro, de una familia á otra, de un orden á otro, de un género y una especie á otros; todos están restringidos en la evolución de su propia especie; y por lo mismo, para explicar el tránsito de la materia inorgánica á la orgánica, de la vegetal á la animal, es indispensable admitir la intervención de un agente extraño y superior.

Los argumentos que presenta Spencer contra la creación, no pueden admitirse. Ya hemos visto

(1) Murillo, *La Iglesia Romana*, lib. IV, secc. II, cap. IV.

en el párrafo anterior que aun Haeckel decía que era indispensable ó admitir la generación espontánea, ó la creación realizada por Dios; y la generación espontánea está desechada por todos los sabios y tiene en contra los experimentos científicos, y que pueden satisfacer aun á los más exigentes.

Por lo demás, la contingencia y mutabilidad de los seres del universo, la corrupción y generación de los mismos, nos descubren que no tienen en sí la razón de su existencia; necesitaron, pues, de la acción de un Ser que exista por sí mismo; y ésta es la creación.

Si pensamos en nuestra alma, conocemos que no ha existido siempre, que ha comenzado á existir; y como ella no consta de partes, por ser enteramente simple, no podía haber venido á la existencia sino siendo sacada de la nada.

Se dice, sin embargo, todavía, que la creación es imposible. Esta objeción no puede hacerse ni á nombre de la experiencia, ni de la razón; lo primero, porque el acto creador está fuera de nuestra experiencia, y es anterior á la existencia de las leyes experimentales.

La razón no halla imposibilidad ninguna en la creación, ni por parte del Creador que conocemos como causa, pero cuya naturaleza se nos oculta; ni existe la imposibilidad por parte del ser creado, el cual, siendo, como es, contingente, nada opone para pasar de la nada al ser.

Se objeta la imposibilidad de la creación, porque no podemos comprenderla estando como está fuera de la experiencia; mas esto no es sino una

imposibilidad aparente, de la cual no debe fiarse la razón. Hace algunos años que se hubiera tenido por imposible la invención del teléfono, de la fotografía y de la telegrafía eléctrica; y, sin embargo, actualmente son hechos de experiencia. No hay, por lo mismo, que confundir la imposibilidad absoluta con la aparente.

